

El miedo al frío

Lluís Foix



Tres hechos inesperados se han producido en los últimos cien días. No estaba previsto que Putin invadiera Ucrania con la intención de dominar con la fuerza militar un país soberano. Tampoco que Zelenski resistiera y plantara cara a los rusos con las armas propias y las prestadas por Occidente hasta el punto de impedir la formación de un gobierno en Kyiv sumiso al Kremlin. La tercera sorpresa ha sido que dos países neutrales históricamente, Suecia y Finlandia, con gobiernos socialdemócratas, hayan solicitado oficialmente el ingreso en la OTAN.

Europa está involucrada en una guerra que puede ser larga y provocar una crisis alimentaria global. Así lo afirmó el ministro de Exteriores, José Manuel Albares, en el coloquio Foros de Vanguardia el pasado viernes. Las consecuencias ya se advierten en la inflación disparada en toda Europa, en el trasiego de millones de ucranianos dentro y fuera de su país, en el aumento de los presupuestos de defensa y en las distintas percepciones que van

apareciendo en la Unión Europea sobre cómo cortar la dependencia energética de Rusia. No tienen sentido las sanciones económicas contra Putin si cada día se pagan al Kremlin unos mil millones de euros por contratos de gas y petróleo vigentes que llegan a Europa por barcos, oleoductos o gasoductos.

¿Puede resistir Europa un invierno sin gas y petróleo procedentes de Rusia? No sin fuertes tensiones sociales y grietas más o menos gruesas en la hasta ahora compacta unidad de las instituciones europeas respecto a la guerra de Putin contra Ucrania. Pero antes de que llegue el frío la guerra va a seguir matando, destruyendo ciudades y con el riesgo de

La idea mayoritaria en la Alianza es echar a Putin de Ucrania para evitar otra catástrofe europea

un escenario de confrontación abierta con países que forman parte de la OTAN, o sea, la gran catástrofe que, por tercera vez en un siglo, segaría miles y miles de vidas.

Decía Javier Solana en el coloquio de cuatro ex secretarios generales de la Alianza conmemorando el 40.º aniversario del ingreso de España que lo primero que hay que hacer es detener las hostilidades en forma de tregua,

armisticio o alto el fuego. Putin ya ha perdido, decía, al cumplirse cien días de una guerra que no ha conseguido su objetivo. Y a partir de ahí, negociación entre las partes y buscar una salida política.

Comparto este argumento con algunas reservas. La primera y más importante es que hoy no está en el ánimo de Putin ni en el de Zelenski detener las hostilidades porque ninguno de las dos partes quiere aceptar una derrota. La segunda es que desde la OTAN, con Washington y Londres a la cabeza, se insiste en vencer a Putin hasta expulsar a sus tropas de territorio ucraniano. Scholz se une al plan arrastrando los pies y Macron mantiene largas conversaciones telefónicas con Putin cuyo contenido desconocemos. Sánchez está alineado con Biden, pero con varios ministros de su Gobierno contrarios incluso a que se celebre la cumbre de la Alianza en Madrid.

La tesis mayoritaria entre los aliados es que o se detiene militarmente a Putin en Ucrania o el conflicto se extenderá a otros países como Moldavia. Se enviarán armas y dinero, y los muertos los pondrán los ucranianos y también los rusos. Un general de Catalina la Grande dijo que Rusia no estaría tranquila hasta que en las dos partes de sus vastas fronteras hubiera soldados rusos.

La geografía siempre les ha perturbado. Putin quiere recuperar el imperio perdido y, de paso, debilitar una Europa que le estorba por sus libertades tan contrarias a la dictadura que él regenta desde hace veinte años.●

El dial que no te amargue

Núria Escur



Cuando oía la voz de Justo Molinero en Radio TeleTaxi era feliz. Tal cual. Joven y sin más preocupaciones que las habituales en aquella época y en aquel territorio comanche que era Santa Coloma.

Desde el milagro de los ondas uno le dedicaba una rumbita a la novia, el otro le contaba sus cuitas y mientras cada uno iba a su lucha, escoba arriba escoba abajo, los dos se hacían perdonar... y así pasaba la mañana en aquel barrio.

Con los años empecé a seguir las tertulias radiofónicas con fruición, tenía compañeros en Catalunya Ràdio y en RAC1, buenos profesionales. Pero escuchar tanta mala noticia junta mientras subes a un autobús repleto de somnolientos resulta indigesto.

Así que, cuando me cabreaba con los argumentos de tertulianos que parecían saber de todo (admiro al que confiesa "de esto no opino porque lo ignoro"), entonces sí, volvía al estilo desafiante de mi juventud, sacaba el modelo *santaco* y buscaba el dial correcto: el más hortera. A

Volvía al modelo 'santaco' y buscaba el dial correcto: el más hortera

todo trazo. Aquello sí que era reconfortante. Mejor esas flores de patio andaluz, alegría ante el desastre, que las conversaciones cenizas sobre el *procés*.

La poesía no tiene definición, solo tiene síntomas, decía Julien Gracq.

Retomo la lectura de *Araceli* (Lumen), de Elsa Morante, donde el protagonista inicia un viaje en busca de sus orígenes, también en un pueblo de Andalucía donde nació su madre, y vuelve esa sensación conocida. Es la última novela que escribió Elsa, la gran escritora italiana, que un año después intentaba suicidarse. Morante, que vivió muchos años con subidas y bajadas emocionales junto a otro grande, Alberto Moravia, y vio cómo la dejaba para camelarse a Dacia Maraini.

Moravia acabaría con una española de Tudela, Carmen Llera, 49 años más joven que él, pero esa ya es otra historia. Andalucía tiene sangre y la sardana es aburrida, dijo aquel. No sé.●

APUNTES DEL NATURAL – JL MARTÍN



Hasta hoy en Davos nadie se oponía a las quejas de Greta Thunberg, pero estos días muchos inversores han sacado las navajas del capitalismo tradicional frente al buenista.

Y va a ser un navajo insólito, porque no hay ninguna otra causa tan global, irreversible, de largo plazo y de resultado incierto como el calentamiento global. Si nos la creemos, estamos haciendo demasiado poco, y si nos equivocamos al negarla, cuando rectifiquemos será demasiado tarde.

“Si el cambio climático sumerge a Miami seis metros en cien años, Amsterdam hace siglos que lleva sumergido otros seis y es un sitio estupendo”. La élite mundial se quedó fría al oír a Stuart Kirk, un grande de la inversión global, ridiculizar una de sus banderas.

Kirk, que ha sido suspendido por su banco, el HSBC, remató: “Estoy harto de lunáticos climáticos con sus alarmas sobre el fin del mundo, cuando en cien años tendremos tec-

Más a favor del cambio climático

Lluís Amiguet



nología para lidiar con el clima y con cosas peores”. Al tiempo, el gigante financiero Vanguard redobla su apuesta por las petroleras. Y Tariq Fancy, desde BlackRock, otro de los referentes de las finanzas globales, calificó

la inversión sostenible –que hoy apodan *capitalismo 'woke'* (progre)– de “peligroso placebo”. Poco después, accionistas ecologistas paralizaron la junta de Shell, pero los negacionistas del clima reaccionaron: Peter Thiel y otros billonarios pusieron 20 millones de dólares en una organización para frenar a los activistas. Mientras, la bandera climática, que enarbolar el presidente Biden en su carrera a la presidencia, no le está sirviendo para remontar en las encuestas.

Y es que la causa sostenible se revela como la favorita solo entre los encuestados que tienen resueltas todas sus demás necesidades. Es una preocupación, al menos por ahora, sobre todo para las élites y equivocarse al creer la popular llevó a Macron a la crisis de los *chalecos amarillos*. Nadie repite el experimento.

Las clases subsidiadas tal vez ya crean en el calentamiento, pero en ningún caso quieren pagar el coste de frenarlo. Y parte de las más ricas hoy se atreven a proclamar que, exista o no, aún quieren pagarlo menos.●